

Carmen Bon Vivant

Mini E-book

El Mirón de la Casa de Enfrente

Relato 005



ADVERTENCIA CONTENIDO ADULTO

ESTE RELATO ES UNA OBRA DE FICCIÓN ERÓTICA
DESTINADA EXCLUSIVAMENTE A ADULTOS
MAYORES DE 18 AÑOS.

CONTIENE TEMAS DE DOMINACIÓN, EXPLORACIÓN
SENSUAL Y PLACER CONSENSUAL.

SI NO ERES MAYOR DE EDAD O SI ESTE TIPO DE
CONTENIDO TE INCOMODA, POR FAVOR, NO
CONTINÚES.

RECUERDA: EL PLACER REAL SIEMPRE DEBE SER
SEGURO, CONSENSUADO Y EMPODERADOR.

PARTE I

LA CURIOSIDAD

En el corazón palpitante de la ciudad, donde los edificios se erguían como guardianes silenciosos, vivía Marcos en un apartamento modesto del quinto piso.

Su ventana principal daba directamente al edificio de enfrente, un espacio separado apenas por un callejón angosto y sombreado. Durante años, esa vista había sido un lienzo en blanco: cortinas polvorientas, luces intermitentes que no revelaban nada. Marcos, un hombre de treinta y cinco años con una rutina gris de oficina, rara vez prestaba atención.

Pasaba sus noches con libros olvidados o series en streaming, ajeno al mundo exterior.

Pero todo cambió una tarde bochornosa de verano, cuando el camión de mudanzas estacionó abajo y una nueva vecina irrumpió en su panorama, despertando algo que él mismo no sabía que llevaba dentro.

Marcos llegó a casa exhausto, con la camisa pegada al cuerpo por el calor. Se sirvió un vaso de agua fría y se acercó a la ventana para tomar aire fresco, más por hábito que por interés.

Al otro lado, en el apartamento iluminado por el sol poniente, vio a una mujer de unos veintiocho años, con cabello castaño ondulado que caía como una cascada sobre sus hombros.

Llevaba jeans ajustados y una camiseta holgada, manchada de sudor. Cargaba cajas con esfuerzo, sus músculos flexionándose bajo la tela.

Marcos se quedó allí, hipnotizado por la naturalidad de sus movimientos, aunque al principio se dijo que era solo curiosidad por el ajetreo de una mudanza.

Ella se inclinó para abrir una caja, y el escote de su camiseta se abrió ligeramente, revelando el borde de un sujetador de encaje. No era nada explícito, solo un atisbo de piel pálida y suave.

Pero para Marcos, fue como una chispa en la oscuridad.

Su mirada se demoró, sintiendo un leve hormigueo en el estómago. "No es nada, solo estoy mirando cómo se instala la gente nueva", se justificó en silencio, pero instintivamente apagó la luz de su habitación para fundirse con las sombras, diciéndose que era para no molestar o para estar más cómodo en la penumbra.

Observó cómo ella se pasaba una mano por la frente, el sudor brillando en su cuello, y se imaginó el aroma salado de su piel. Esa noche, durmió inquieto, con la imagen de ella flotando en su mente como un eco lejano, aunque se convenció de que al día siguiente lo olvidaría.

Sin embargo, al día siguiente, Marcos regresó del trabajo con una anticipación inexplicable que intentaba ignorar.

Durante el trayecto en el metro, su mente vagaba hacia esa ventana, pero se sacudía el pensamiento: "Fue solo un vistazo casual, nada más".

El sol aún no se había puesto del todo, tiñendo el cielo de tonos anaranjados que se filtraban por las ventanas.

Se posicionó en su silla habitual, con las luces apagadas —esta vez, admitiendo para sí mismo que era para no ser visto, aunque se autojustificaba con que "así el apartamento se siente más fresco" —.

Esperó, y ella apareció poco después, aún desempacando.

El calor era insoportable; Marcos podía verlo en cómo se abanicaba con una revista vieja.

Se quitó la camiseta con un movimiento fluido, quedando en un sujetador deportivo negro que abrazaba sus pechos firmes.

Su abdomen era plano, con una ligera definición que sugería horas de yoga o caminatas.

Se estiró, arqueando la espalda, y Marcos sintió su pulso acelerarse.

Tenía que reconocerlo ahora: había vuelto porque quería verla de nuevo, esa silueta moviéndose con gracia en su propio mundo.

Observaba cada detalle: las gotas de sudor resbalando por su clavícula, el modo en que su piel se erizaba ligeramente con la brisa de un ventilador invisible.

Su mano descansaba sobre su regazo, y notó un sutil endurecimiento en sus pantalones.

No se tocó aún; solo miró, dejando que la excitación se acumulara como una marea lenta. Imaginaba el tacto de esa piel, suave y cálida bajo sus dedos.

"Es inofensivo, solo un poco de entretenimiento después de un día largo", pensó, pero ya sentía el calor subir por su cuello, y cuando ella apagó la luz, se quedó allí un rato más, procesando esa nueva ansia que lo inquietaba.

"A medida que pasaban los días, lo que empezó como una curiosidad casual se transformaba en algo más profundo, más insistente.

Marcos se encontraba en el trabajo, en reuniones aburridas o frente a su computadora, y su mente divagaba hacia esa ventana. "Solo un vistazo rápido cuando llegue a casa", se decía, pero sabía que era más que eso; era como si una parte de él anhelara esa intimidad robada, esa conexión unilateral que lo hacía sentir vivo.

Se convirtió en una obsesión sutil: salía de la oficina un poco antes, ignorando invitaciones de colegas, solo para llegar a tiempo y sentarse en la oscuridad, con el corazón latándole con anticipación.

Una noche, ella entró en la habitación vestida con ropa de calle: una falda ligera y una blusa. Parecía cansada, pero con una gracia felina que lo cautivaba.

Comenzó a desvestirse con naturalidad, como si estuviera sola en el mundo. Primero, la blusa: la deslizó por encima de su cabeza, revelando un sujetador de encaje blanco que contrastaba con su piel bronceada. Sus pechos se movieron ligeramente con el movimiento, y Marcos contuvo el aliento, sintiendo un pulso más insistente en su entrepierna. Luego, la falda cayó al suelo, dejando al descubierto unas bragas a juego, ajustadas contra sus caderas curvas.

Caminó por la habitación desnuda, excepto por la ropa interior, buscando algo en un cajón.

Se inclinó, ofreciéndole a Marcos una vista de su trasero redondeado, la tela estirándose.

Él se ajustó los pantalones, su excitación creciendo; una mano se posó casualmente sobre su miembro, frotando suavemente a través de la tela.

Ya no se justificaba tanto; admitía que estaba enganchado, que esa rutina lo excitaba de una manera que nada más lo hacía. Observaba cómo ella se probaba diferentes prendas: un vestido ceñido que acentuaba su figura, luego una camiseta oversized que caía sugestivamente sobre sus muslos.

Cada cambio era un espectáculo privado, sus movimientos fluidos y despreocupados.

Marcos imaginaba los sonidos: el roce de la tela contra su piel, su respiración tranquila.

La excitación era ahora un calor constante, pero se contuvo, prolongando el placer de la observación pura.

Cuando ella finalmente se puso un pijama y apagó la luz, Marcos se quedó jadeando, su deseo latiendo como un tambor distante, sabiendo que al día siguiente volvería por más.

PARTE II

LA OBSESIÓN

La obsesión crecía, invadiendo sus pensamientos incluso en momentos inesperados: en el supermercado, eligiendo frutas, se imaginaba su cuerpo; en la cama por la noche, no podía dormir sin revivir las imágenes. "No es nada malo, solo miro", se repetía, pero en el fondo sabía que estaba atrapado, que esa ventana se había convertido en su único anhelo real.

Otra noche, la anticipación era casi insoportable.

Marcos se preparó con una cerveza fría, sentándose en la penumbra mientras el sol se ocultaba, su mente fija en lo que vendría.

Ella apareció sola, con el cabello suelto y una expresión relajada. Se sentó en la cama, aún vestida con ropa de trabajo: pantalones ajustados y una camisa.

Lentamente, comenzó a desabotonarse la camisa, revelando su piel centímetro a centímetro.

Sus pechos quedaron expuestos al aire, los pezones endureciéndose con el fresco.

Se quitó los pantalones, quedando completamente desnuda.

Marcos sintió una oleada de calor; su mano se deslizó dentro de sus pantalones, tocando su erección creciente con movimientos lentos.

Ella se recostó en la cama, sus piernas ligeramente abiertas, y una mano descendió por su vientre. Sus dedos exploraron con delicadeza, circulando alrededor de su clítoris, luego adentrándose.

Marcos podía ver el brillo de su excitación, la forma en que su cuerpo se tensaba y relajaba.

Ella se mordía el labio inferior, los ojos cerrados en concentración. Él sincronizó sus caricias con las de ella, imaginando el calor húmedo, los gemidos suaves que escapaban de sus labios.

La excitación crecía en capas: primero curiosidad, ahora un deseo crudo que lo hacía jadear, una adicción que lo consumía durante el día entero.

Se detuvo varias veces, queriendo alargar el momento, pero el espectáculo era hipnótico.

Cuando ella alcanzó el clímax, arqueando la espalda con un temblor visible, Marcos se permitió un roce final, sintiendo el borde del éxtasis pero reteniendo, guardando para después, aunque sabía que su obsesión no le permitiría parar.

Pronto, la rutina se intensificó aún más; Marcos apenas podía concentrarse en nada más, contando las horas para volver a casa y sumergirse en esa oscuridad cómplice.

Una noche, vio la llegada del que parecía ser su novio: un hombre alto y atlético que entró con familiaridad.

Se besaron en la puerta, un beso profundo que hizo que Marcos se inclinara hacia adelante, su pulso acelerado por la mezcla de celos y excitación.

Ella lo guio a la cama, quitándole la camisa con urgencia. Sus manos exploraban su torso musculoso, mientras él la desvestía con igual pasión.

Marcos vio todo: cómo él besaba su cuello, bajando por sus pechos, succionando un pezón hasta que ella gemía (imaginaba el sonido ahogado).

Ella se arrodilló, tomando su miembro en la boca con movimientos rítmicos, su cabeza subiendo y bajando.

Marcos se desabrochó por completo el pantalón, su mano moviéndose con más urgencia ahora, el placer acumulándose como una tormenta.

Luego, el novio la penetró, primero despacio, luego con embestidas profundas.

Ella cabalgaba sobre él, sus caderas girando, los pechos rebotando con cada movimiento.

Marcos imaginaba el slap de piel contra piel, el aroma a sexo en el aire. Su excitación era feroz, un fuego que lo consumía; se masturbaba al ritmo, deteniéndose en el borde varias veces para no culminar prematuramente.

Ellos alcanzaron el orgasmo juntos, colapsando en un enredo de miembros, y Marcos se retiró temblando, su deseo insatisfecho pero ardiente como nunca, reconociendo que estaba completamente enganchado, que esa ventana era su mundo ahora.

Finalmente, hubo una noche que lo cambió todo.

Ella acababa de salir de la ducha, envuelta en una toalla blanca que se adhería a su cuerpo húmedo.

Gotas de agua trazaban caminos por su piel, resbalando por sus hombros, entre sus senos.

Dejó caer la toalla con deliberación, revelando su desnudez completa: curvas suaves, pubis depilado, piernas tonificadas.

Marcos jadeaba, su mano trabajando con frenesí en su miembro erecto, el clímax acercándose, su obsesión en su punto álgido después de días de acumulación.

Pero... esta vez ella se giró hacia la ventana... sus ojos encontrando los suyos en la oscuridad.

En lugar de sorpresa, una sonrisa juguetona curvó sus labios carnosos.

Ella lo sabía.

Lo había sabido todo el tiempo.

Se acercó al vidrio, presionando su cuerpo contra él: pezones endurecidos rozando el frío, manos descendiendo para tocarse abiertamente.

Marcos sintió la adrenalina mezclada con éxtasis puro; su masturbación se volvió salvaje, el placer explotando en ondas intensas mientras eyaculaba con un gemido ronco.

Ella, al otro lado, llegó al suyo, mirándolo directamente, compartiendo el secreto.

Desde entonces, las noches se convirtieron en un baile mutuo.

Marcos, el mirón obsesionado, había encontrado no solo un fetiche, sino una adicción que lo definía, noche tras noche, sin escapatoria.

*Lo que él vivió como obsesión, ella lo vivió como un despertar.
Si quieres conocer lo que sintió su vecina, Elena, descubre su
historia en “La Aprendiz de Exhibicionista.”*

SOBRE LA AUTORA



Soy Carmen Bon Vivant, Dómina experimentada, terapeuta sexual, masajista tántrica y perito judicial en hipnosis.

Con mi bagaje profesional que incluye técnicas hipnóticas avanzadas empleadas en el arte de la sugestión, fusiono el poder de la dominación con métodos terapéuticos y tántricos para guiar a individuos y parejas en el despertar de su energía erótica.

Mis relatos, tejidos entre vivencias reales y anhelos profundos que brotan de mi mente, invitan a explorar límites con confianza, placer y una sutil manipulación de la mente que libera el alma y el cuerpo – ¿qué es verdad vivida y qué es un sueño susurrado? Solo yo lo sé, pero tú puedes adivinarlo, dejando que el misterio encienda tu propia fantasía.

Visita mi web www.carmenbonvivant.com para conocerme más, reservar una sesión personalizada o descubrir más audios y relatos eróticos.